

Seminario: Grupo sobre la filosofía del dolor

Profesor: Fernando Cardona

Fecha de la sesión:

Relator: Manuel Dávila Sguerra

Libro: Freud Enfermo de Jürg Kollbrunner

Sección: Consideraciones de un enfermo de cáncer sobre la convivencia con su enfermedad

En el libro *Escritos sobre la medicina* de Georges Canguilhem, que estamos estudiando en el grupo de Filosofía del dolor, se hace mención a las enfermedades de Sigmund Freud, que por referirse a una enfermedad cancerígena nos pareció pertinente traerla a este conversatorio con el Instituto de Cancerología.

Para eso hemos consultado el libro *Freud Enfermo* de Jürg Kollbrunner, un doctor en filosofía y psicoterapeuta que trabaja como psicólogo clínico en la clínica universitaria para enfermedades de garganta, nariz, oídos, cirugía del cuello y mandíbula en la ciudad de Berna, Suiza. Lo más notorio que encuentra el autor en su investigación sobre la enfermedad de cáncer de Sigmund Freud fue el silencio alrededor de ella.

Relata, por ejemplo, que Freud mantuvo ese silencio en secreto aun en el entorno más cercano cómo fue Ana su hija y Mina su cuñada, tal vez influenciado porque en el siglo XIX la actitud del varón tenía que conservar la imagen de dominio en todo momento especialmente cuando se enfrentaba a las mujeres.

Cuenta que "en la segunda mitad del siglo XIX había surgido una abundante bibliografía médica acerca de las experiencias e hipótesis psicósomáticas con respecto del cáncer, en especial acerca de las relaciones de la tristeza y la depresión con el carcinoma" (Kollbrunner, 2002, 33). Ya en 1870 había publicaciones sobre tratamientos para el cáncer, sin embargo Freud nunca mencionó estos escritos y se cree que el motivo fue debido a que la enfermedad del cáncer está unida también a las raíces de la biografía de la persona y a la historia de los antepasados, historia que nunca fue comentada por él ni describió como habían sido sus sentimientos de niño en familia. Él tenía una aversión especial a las biografías, tal vez para resguardar la mezcla de la vida personal con la objetividad de la doctrina psicoanalítica, pero también posiblemente como una expresión de inhibición ante su propia biografía.

En varias ocasiones destruyó documentos porque no quería que pasaran a otras manos como ocurrió en

1885 cuando tenía 29 años y llegó a mencionar, en ambientes muy íntimos, que ese hecho fue un acto parecido a «dar un tiro de gracia» a sus pensamientos y a sus sentimientos que según él no merecían la pena pervivir. Pero también pudo haber sido un acto que mostraba el deseo de olvidar el contenido de sus documentos. Esto se repitió en 1908 y en 1938 al mudarse de consultorio.

Freud era consciente que su cáncer tenía como origen el exceso de cigarrillos que fumaba pues se dice que fumaba hasta 25 Puros diarios y que en muy pocas ocasiones dejó de hacerlo excepto en momentos de molestas cardíacas, más no por su enfermedad de cáncer. En sus escritos y conferencias, pocas veces habló de la relación lógica del acto de fumar aunque para él era claro como la acción oral de fumar estaba relacionada con la boca y la succión, pero no la atribuía a una problemática de adicción pre-édipica sino que la relacionaba con su padre que era un gran fumador.

Curiosamente, Freud, personificaba a la enfermedad con frases sugestivas como por ejemplo “un intruso intempestivo al que no se debería prestar más atención de la necesaria... como enemigo” (Kollbrunner, 2002, 35). Freud tenía claro que los primitivos se consideraban inmortales y pensaban que la enfermedad procedía de un enemigo maligno como lo muestra la figura del segador con la guadaña, pero la enfermedad de cáncer sin embargo no viene desde afuera sino desde dentro. Parece que Freud no se interesó por esa naturaleza interna del cáncer o que usaba ese humor más bien como un mecanismo de defensa para encubrir la gravedad de algo que lo llevaría a la muerte.

Es curioso cómo, Freud, era efectivo en la defensa y ataque con sus enemigos y contradictores como lo fue el caso de su pupilo Jung y, en cambio, no lo fue con un enemigo que lo estaba matando, el cáncer. A pesar de haber insistido que, en sus pacientes histéricos, existía un fondo relacionado con la historia de sus vidas, se ve una contradicción cuando él no aplicó estas sugerencias en su caso personal. Para él, los asuntos del alma eran puramente psicológicos y alejaba estos de su relación con el cuerpo, Esa desarticulación entre cuerpo y alma lo alejaba del tema de lo psicosomático como si para él, el cuerpo fuera "una visión mecanicista basada en la esperanza de que el cuerpo pueda repararse cada vez mejor " (Kollbrunner, 2002, 36).

En esa separación de la patología somática y la psíquica en Freud, había razones de orden didáctico. No pensaba lo mismo Georg Groddeck, el padre de la psicosomática, para quien había innumerables tipos de relación entre el cuerpo y el alma al mismo tiempo que una ilimitada libertad de movimiento entre ambos reinos. Para él,

La enfermedad de cáncer era un elemento de la historia entera de vida de un ser humano, del mismo modo que lo eran todas las otras enfermedades [...] cuando mayor es el conflicto interno del ser humano, tanto más severas son las enfermedades. Si la forma leve del malestar no es suficiente para resolver o para reprimir el conflicto, el *ello* recurre a una forma más severa.... a la enfermedad crónica, a la parálisis, al cáncer y a la tuberculosis, que socavan lentamente las fuerzas, y por último, a la muerte [...] Los enfermos de cáncer eran susceptibles de ser tratados con terapia psicoanalítica, pues la utilización del psicoanálisis era para él una cuestión de conveniencia, no del ámbito de la enfermedad [...] no existen enfermedad incurables. Los fracasos estriban en el médico, no en el tipo de enfermedad. Pero el médico debe querer, al igual que el enfermo (Kollbrunner, 2002, 37).

Estos mensajes los compartió con Freud y le sugirió que hiciera una terapia con él pero Freud rechazó esta sugerencia porque no quería verse confrontado con su propia infancia.

Freud tuvo pacientes con cáncer y de alguna manera compartió con ellos como psicoanalista pero también fue paciente de uno de ellos, un médico cuyo caso fue un cáncer por la exposición a los rayos X en su trabajo. Con respecto de las enfermedades, Freud decía que el individuo aquejado de un dolor o un malestar orgánico cesa de interesarse por el mundo exterior, en cuanto no tiene relación con su dolencia, pensamientos que se remontan a 1914, año en que comenzaba tenerle miedo a su enfermedad.

A pesar de que Freud manejó con mucha cautela la información sobre su enfermedad hay algunos momentos en que incluye esto en sus cartas. En 1926, por ejemplo, comentó que hacía entre cinco a seis horas diarias de tratamiento y que sus alumnos o pacientes trataban de no hacer notar que percibían sus achaques. En palabras del mismo Freud, hay quienes recuerdan que en año 1933 hablaba muy bajo y que para acentuar sus débiles palabras golpeaba el sillón o en la cabecera del diván con fortaleza y en ocasiones se inclinaba casi sobre la cabeza de su paciente. Tenía una aparente dificultad para escuchar, pero no lo admitía y más bien se quejaba de que le hablaban de manera muy débil. Sin embargo se le debe reconocer que trabajó con pacientes hasta el penúltimo mes de su vida.

En una carta a **Maríe Bonaparte**, escrita cuatro semanas después de la última gran operación, le comentaba la dificultad para escribir, para hablar o fumar. Decía que había sido lo peor desde 1923 y que se sentía muy abatido con un cansancio que lo calificaba de horroroso acompañado de una gran debilidad al moverse y que trabajaba con tres pacientes pero le costaba mucha dificultad.

Ante sus enfermedades siempre tuvo de todas maneras una duda de si sus males dependían de cargas y conflictos anímicos o del propio estado corporal. Esto le hacía pensar si su desazón se debía a la lógica o a la hipocondría. Detrás de todo esto también existía el malestar físico del corazón y malestares

gastrointestinales que a pesar de sus pocos relatos sobre sus males, mencionó que estos lo acosaban desde 1897, al igual que dolores de cabeza y del corazón, zonas de la piel y dolor del brazo izquierdo.

De todas maneras había vínculos psicósomáticos en su enfermedad que hubiera podido tener en cuenta pues el tema no le era ajeno. En 1890, por ejemplo, escribió:

ciertos estados afectivos permanentes de naturaleza penosa o, como suele decirse, depresiva, como la congoja, las preocupaciones y la aflicción, reducen en su totalidad la nutrición del organismo, llevan al encanecimiento precoz, a la desaparición del tejido adiposo y a alteraciones patológicas de los vasos sanguíneos. Los afectos casi exclusivamente los depresivos a menudo son también por sí mismos causas directas de enfermedades tanto del sistema nervioso con alteraciones anatómicas demostrables como también en otros órganos (Kollbrunner, 2002, 41)

Es muy importante anotar la manera como Freud se refería a su enfermedad, que aunque ya dijimos que la veía como a un enemigo, se refería a ella en términos «afectuosos». En 1923 hablaba de ella como «un proceso inquietante», «su querida neoplasia», «su querida formación nueva», y aún 16 años más adelante seguía usando ese tipo de expresiones para referirse a su enfermedad. Frases como "un nuevo intento del cáncer para volver a ocupar mi lugar [...] ya no hay dudas de que se trata de un nuevo progreso de mi querido viejo cáncer, con el que he estado compartiendo **mi** existencia durante 16 años" (Kollbrunner, 2002, 43).

Ésas manifestaciones han sido consideradas como humor, ironía o cinismo, una manera de hablar jugando con las palabras como cuando expresó que a él le gustaba comer cangrejos, *Krebse* en alemán, y tenía que padecer cáncer, *Krebs* en alemán o cuando contaba sobre los rayos X como algo que vienen de afuera y radio desde dentro lo que al fin y al cabo era menos nocivo que cortarle a uno la cabeza.

Esta forma «tierna» de dirigirse a su tumor tenía en realidad otro significado si observamos que esa objetivación antropomórfica de la expresión, viendo al carcinoma como a un *ser* al que puede quererse, es una forma de distanciamiento, una ex corporación parcial. Ésa transformación del enemigo en su amigo, puede mirarse como un intento de identificación con su atacante.

Ya mencionamos la cantidad de cigarros que fumaba diariamente pero él recibía con indiferencia las críticas a su adicción y consideraba a la acción de fumar como una de las alegrías más bellas del mundo y como una protección y arma en la lucha con la vida. El cigarrillo le ayudaba a potenciar su capacidad de trabajo y su autocontrol. Decía que fumar le ayudaba a tratar bien a su propio sujeto psíquico pues de lo contrario este no le trabajaba. Para él la experiencia de dejar de fumar en cortos

momentos como lo hizo en 1930, era un acto de autonomía como cuando el zorro para salir de la trampa se arranca a dentelladas una pierna. En esos momentos no se siente felicidad sino despersonalización. Esta metáfora del zorro que se mutila a sí mismo la repitió cuando tuvo que salir a Inglaterra por culpa de los nazis. Era como salvarse perdiendo una parte de su *ser*.

Finalmente se cuenta que el último libro que leyó Freud fue la piel de Zapa de Balzac en la que Rafael, un muchacho joven, se encuentra una piel de zapa que al frotar, le permitía cumplir el deseo del momento, pero cada vez que esto ocurría la piel reducía su tamaño y de esa manera su fin coincidiría con su muerte. Cuando quiso declararle a Paulina, su amada, el gran amor que sentía por ella sabía que eso lo lograría simplemente tocando su piel de zapa pero que ya estaría tan reducida que sería su último deseo. Ella, para evitar la muerte de Rafael, intenta suicidarse.

La mención de esta última lectura de Freud podríamos asociarla bien a la decisión de fumar su último cigarrillo o la de atender a su último paciente.

Kollbrunner, J. (2002), *Freud Enfermo*, Traducción Roberto Herald Berner, Barcelona, Herder